

Michels y su contribución a la teoría de los partidos políticos*

Elaborar la introducción de un libro de otro autor es algo más complejo y delicado de lo que normalmente se supone. En realidad se trata de una tarea difícil, que no siempre es realizada satisfactoriamente. Esto es algo en lo que los editores deberían poner más cuidado, pues es bastante frecuente que una gran cantidad de lectores ignoren la introducción del texto y lo comiencen a leer directamente, lo cual se debe a que en algunas ocasiones temen o deducen que esté escrita con demasiada superficialidad o, simplemente, que sea banal su lectura. Sin embargo, también sucede lo contrario. Existen tan buenas introducciones que su lectura resulta de enorme interés, incluso algunas de ellas llegan a convertirse a la postre en puntos de referencia obligados, e incluso en algunos casos terminan por formar parte integral de la misma edición de la obra.

El libro de Juan J. Linz que es motivo del presente comentario, *Michels y su contribución a la sociología política*, fue originalmente escrito precisamente para servir de introducción a la edición italiana de 1966 del libro de Robert Michels, *La sociología del partido político*. La tarea de

Linz fue doblemente difícil; por principio, el texto de Michels es uno de los libros clásicos de la teoría de los partidos políticos, y elaborar una nota introductoria a un texto de tales vuelos exige un rigor intelectual mayor, pero además, la dificultad aumenta porque la personalidad y la propia obra de Michels han sido objeto de una viva polémica que no ha perdido intensidad al paso de los años, y en la cual siempre resulta delicado adoptar una postura.

Sobre este texto de Linz lo primero que hay que decir es que tal vez el propio título no sea el más atinado. Las mayores contribuciones de Michels no se realizaron de manera genérica en el campo de la sociología política, sino particularmente en lo que se refiere a la teoría de los partidos políticos. Es cierto que en su libro Michels hace innumerables alusiones a los sindicatos y a todo tipo de organización de la sociedad moderna, pero la lectura del texto deja en claro que su mayor preocupación e interés no se encuentra en el análisis de las tendencias y evolución de las organizaciones sociales en general, sino específicamente en el estudio y examen de la estructura, funcionamiento y prácticas de los partidos políticos modernos.

Sin embargo, hay que reconocer que la forma en que más frecuentemente se recuerda a Michels es por su conocida «ley de hierro» de la oligarquía: quien dice organización, dice oligarquía. A través de esta ley Michels enunciaba lo que él consideraba una de las mayores contradicciones de la sociedad moderna, esto es, la imposibilidad de hacer compatibles dos de sus mayores impulsos e instituciones: la organización y la democracia.

*Juan J. Linz, *Michels y su contribución a la sociología política*, México, FCE, 1998, 135 pp.

De acuerdo con su gran amigo Max Weber, Michels planteaba que la complejidad de la sociedad moderna hacía imperativo que la acción social se llevase a cabo por medio de organizaciones. No había otra manera de hacer funcionar a la sociedad más que a través de organizaciones institucionalizadas por un reglamento, una operación definida y, lo más importante, por una burocracia. Más aún, Michels advertía que entre más especializadas fueran las funciones de la organización, mayor especialización se requería de su burocracia, y por tanto, mayor era la separación que se establecía entre los cargos directivos de la institución y los cargos más simples y modestos.

Este modelo de organización estaba presente en casi todos los ámbitos de la actividad económica y social, pero lo que más llamó la atención de Michels era que también estaba presente en el terreno de la política, en donde los partidos compartían esa misma estructura y tendencia. En este aspecto, Michels estaba profundamente preocupado por el desarrollo de la organización interna de los partidos, en la cual se había establecido una clara separación entre los líderes del partido y el resto de sus miembros, al grado de que el liderazgo partidario había alcanzado un estatuto de autonomía e independencia elevado con respecto al conjunto de los militantes. Pero, además, Michels advertía que este grupo oligárquico que se había constituido dentro de los partidos se había vuelto cerrado, es decir, que el acceso al liderazgo de la organización estaba controlado férreamente por los propios líderes, quienes decidían la conformación del grupo dirigente.

Linz señala acertadamente que esta parte del pensamiento de Michels es una evidente influencia de Max Weber, con quien mantenía una íntima amistad. De hecho, Linz considera que su mayor influencia intelectual fue precisamente ésta, la de Weber. No obstante, es necesario observar que en las tesis de Michels se aprecia al menos otra gran influencia intelectual, la de Gaetano Mosca, con quien incluso también trabajó otra gran amistad. Linz argumenta que no hay suficientes evidencias documentales o epistolares para acreditar la vinculación teórica

entre ambos, sin embargo, un simple cotejo de las ideas expuestas en *Elementos de ciencia política* de Mosca, que había aparecido en 1896, con el libro de Michels, editado quince años después, permite apreciar la clara influencia del primero.

Al tener presentes estas dos grandes influencias intelectuales se puede comprender mucho mejor la teoría de Michels: de Weber recibió una buena parte de su concepción sobre la burocratización del mundo y las consecuencias del modelo de dominación legal-racional en el Estado moderno; y de Mosca recibió, principalmente, las tesis relativas a la dinámica que en toda sociedad se establece entre gobernantes y gobernados, es decir, la función de la clase política tanto en el mundo antiguo como en el moderno.

No obstante, Linz acierta en otro señalamiento. Además de la influencia intelectual de Weber y de Mosca, Michels también se ve influido por Sorel y Proudhon. El enorme pesimismo que expresa Michels sobre la posibilidad de que el Estado sea conducido por procedimientos realmente democráticos; sus abiertas simpatías hacia la acción directa de los sindicatos; y su feroz crítica hacia el parlamentarismo, lo acercan visiblemente hacia posiciones anarquistas en innumerables pasajes de sus escritos. En realidad, Michels nunca llega a declararse abiertamente anarquista, pero muchas de las premisas de su teoría, de haberlas desarrollado con rigor, lo habrían conducido muy probablemente a planteamientos de este tipo.

Sin embargo, no lo hizo. Por el contrario, una de las grandes paradojas de la personalidad y de la obra de Michels es que siendo originalmente un feroz crítico de las limitaciones y amenazas en contra de la democracia, posteriormente, durante la década de los años veinte, dio un giro teórico radical, el cual lo condujo a simpatizar y proponer como alternativa a la forma de gobierno del Estado un liderazgo carismático. Incluso se convirtió en un abierto partidario de Mussolini, al grado de que el propio *duce* extrajo algunas ideas para sus discursos de los escritos de Michels. Esta mutua simpatía se expresaría en el hecho mismo de que en 1928 Mussolini le ofreciera a

Michels el cargo de director de la Universidad de Perugia, el cual éste aceptó complacido.

De ser un activo promotor del sindicalismo y del socialismo a principios de siglo, en la década de los veinte se convirtió en un abierto partidario del fascismo. Sin embargo, esta notable paradoja teórica y vital estaba presente de algún modo en su obra fundamental. Al plantear que la vida moderna sólo podía funcionar a través de organizaciones complejas que engendraban inevitablemente una oligarquía, la conclusión que se desprendía de ello era que los métodos democráticos para incidir en el rumbo y estructura de la organización eran inoperantes, inútiles. Sin embargo, para Michels la democracia no era tan sólo un medio, sino también y principalmente un fin, es decir, debía servir como medio para que las masas pudieran defenderse de la explotación y poner en práctica el proyecto de sociedad igualitaria que el socialismo respaldaba, pero al ser inviable como medio, habría que buscar entonces realizar su fin, la redención de las masas. Entonces, para alcanzar este fin último, Michels recurrió a otro medio, al liderazgo carismático. Pensó que a través de él podría conseguirse lo que la democracia no podía hacer, es decir, la defensa de los intereses de las masas explotadas.

Linz señala claramente esta abierta contradicción en la obra de Michels, incluso, se refiere a él como a un revolucionario desilusionado, cuyo pesimismo lo llevó a apoyar una de las peores soluciones, la de un régimen autoritario.

Tal vez no sea posible excusar las decisiones y opiniones más controvertidas de Michels. No obstante, es pertinente recordar que por esos mismos años proliferaban los críticos de la democracia, del parlamentarismo y de la incorporación de las masas a la política. De hecho, en este periodo los críticos de la sociedad de masas ya denunciaban el uso político e ideológico que se hacía de éstas, lo cual muchas veces se revestía de un fingido ropaje democrático. Michels desconfiaba de las posibilidades de la democracia porque no sólo las masas estaban mínimamente preparadas para usarla en su beneficio, pues

su poca o nula educación las convertía simplemente en *carne de cañón* de las intrigas políticas, sino además porque las instituciones políticas de la época habían convertido a los procedimientos democráticos en una serie de prácticas corruptas y despreciables, en las que la compra del voto o la abierta coacción de los electores era la forma más común de propiciar el ejercicio del sufragio.

El propio Gaetano Mosca fue un encendido crítico del parlamentarismo y del sufragio universal. Observaba los mismos acontecimientos que Michels: la corrupción de las instituciones parlamentarias; la escasa preparación de las masas para hacer uso efectivo y provechoso de sus derechos políticos; la manipulación más burda y escandalosa de la opinión pública; y la coacción, compra y venta del sufragio popular.

Es posible que lo que más exasperara a Michels fuera que también los partidos socialistas, los partidos que estaban comprometidos con la democracia, reprodujeran con tanto vigor las prácticas oligárquicas que criticaban en otras organizaciones. Que los partidos conservadores lo hicieran no era tan injustificable, ya que después de todo, en esa época, la mayor parte de éstos no estaban realmente comprometidos con la democracia, de hecho, en muchos casos ni siquiera formaba parte de su ideología o de sus propuestas políticas. Pero que en los partidos socialistas ocurriera esto era algo bochornoso, inaceptable. Es cierto que, como lo plantean ahora los teóricos del pluralismo político, la lucha entre los diversos partidos políticos podía generar un «efecto democrático externo», aunque en su interior fuesen oligárquicos; pero para Michels la democracia debía darse tanto al nivel del Estado como dentro del partido.

Linz tiene razón al señalar que en determinados sistemas políticos no basta con este efecto externo que produce la competencia entre partidos, sino que es deseable y necesario que dentro de ellos mismos haya una real democracia. En eso está en claro desacuerdo con otro gran comentarista de Michels, Seymour M. Lipset, quien se encargó de preparar la introduc-

ción del texto de Michels para la edición inglesa. Lipset, fiel a la tradición anglosajona y pluralista, señala en esa introducción que lo que realmente importa es el «efecto democrático externo» que produce la lucha entre partidos, quedando en segundo término su democracia interna.

Éste es tan sólo un ejemplo de las muchas polémicas en las que sigue tomando parte la contribución de Michels, y es precisamente la razón de que siga siendo un clásico del pensamiento político.

A pesar de una gran cantidad de comentarios acertados que Linz realiza sobre la obra de Michels, es una verdadera lástima que,

como él mismo señala al principio del libro, esta edición sea exactamente igual a la de 1966, ya que no se dio tiempo para revisarla y enriquecerla con las investigaciones y análisis que se han publicado posteriormente sobre Michels. Es también lamentable porque en el transcurso de estos 30 años el propio Linz ha realizado importantes contribuciones a la investigación política, lo cual le hubiera dado una mayor preparación y madurez para revisar ese escrito. Sin embargo, la traducción de este texto al español no carece de utilidad, ya que contribuye a la relectura y reflexión que continua e incansablemente debe hacerse sobre los grandes textos políticos.

Argumentos y la oficina de Publicaciones de la DCSH de la UAM-X, lamenta profundamente el deceso de su amigo y autor

José Ferrés

acaecido el 14 de octubre de 1999

*Su muerte viva nos llama a todos,
es la llama que anuncia el fuego nuevo,
es la participación necesaria y dichosa
para no morir de sueños.*